

Estructuración Cristiana de la Economía

JAVIER ZAVALA, S. J.

Conferencia dictada a estudiantes de la Universidad de San Carlos de Guatemala

Los hombres tenemos muchas necesidades. En los meses de Diciembre y Enero en Guatemala no hay quien resista una noche sin cobijas: necesitamos abrigarnos. Necesitamos también comer: después de una larga mañana de trabajo, el cuerpo entero exige alimentarse. Y necesitamos descansar, y una casa en que vivir y medicinas, y etc. etc. El hombre es un ser necesitado. Si cada una de nuestras necesidades se exterioriza en nuestro cuerpo en forma de una concavidad, cierto que no tendríamos sitio para tantas y seríamos como esas paredes de algunas rocas carcomidas por el mar, llenas de incontables pequeñas cuevas.

¿Estamos condenados a permanecer con esos vacíos, con esas carencias? ¿Jamás podremos salir de nuestra condición de "ser necesitado" y pasar a la condición —al menos parcialmente— de "ser satisfecho"?

Existen en el universo seres aptos, muy aptos para satisfacerlos. Para satisfacer nuestras necesidades. Existen en el universo seres hechos a propósito para encajar perfectamente en esas concavidades nuestras. Para la concavidad de la sed existe el agua y las varias "aguas" que los hombres hemos fabricado. Para la concavidad del hambre existe el maíz y el frijol, la leche y la carne... Para la necesidad de la defensa existe el acero y la pólvora. El mundo está lleno de seres aptos para satisfacerlos. Son seres buenos para nosotros. Nos hacen bien. Por eso los llamamos "bienes".

Hay otras concavidades nuestras que no se llenan con bienes, con cosas; sino con la actuación de otros hombres. Porque nosotros no somos solamente seres "necesitados", sino, al mismo tiempo, seres capaces de dar, de servir a otros. A mi necesidad de que alguien examine y cure mi enfermedad, responde la capacidad de otros de ser médicos. A mi necesidad de que un tercero imparcial juzgue mi pleito con otro, responde la capacidad de otros de hacer justicia. Esta actuación de los hombres para satisfacer las necesidades de los demás hombres es lo que llamamos "servicios".

Dios nos hizo "seres necesitados", pero también nos rodeó de innumerables bienes y servicios para satisfacer nuestras necesidades. Y la Economía ni es otra cosa que el esfuerzo del hombre por llenar todas sus concavidades, todos sus vacíos, todas sus necesidades, con los bienes y servicios que le rodean.

Pero este esfuerzo económico ha sido realizado por los hombres de diversas maneras a lo largo de la historia: el sistema primitivo que se reducía a coger, coleccionar de la

naturaleza los bienes que ella espontáneamente ofrece; después, el sistema de la esclavitud; el sistema gremial en la Edad Media, etc. Los sistemas que más nos interesa tener en cuenta ahora a nosotros, hombres del mediado siglo XX, son los sistemas Capitalista y Comunista-Socialista. Uds. los conocen bien por lo que huelga toda explicación detenida de ellos. Permítaseme, sin embargo, que recuerde los rasgos fundamentales de ellos, esos rasgos que en un esquema habría que subrayar con un fuerte trazo rojo.

El Capitalismo radical, que no es otra cosa que el Liberalismo en el terreno económico, defiende la absoluta libertad de actuación de cada hombre en lo económico. Deja a cada hombre que actúe por su cuenta. "Laissez-faire".

En esa actuación libérrima, el individuo busca su propio lucro. Que cada uno busque solamente su propia ganancia. No tenemos por qué andar preocupándonos de los otros. Cada uno que satisfaga sus necesidades y, entonces, todos quedarán satisfechos.

El Comunismo, que parte de una concepción del hombre totalmente distinta, destruye la actuación económica libre del individuo. Concentra toda la actuación económica de la nación en el Estado. En realidad, en el sistema comunista, no hay más que un economista: El Estado. El se encarga de la producción de los bienes, de la organización de los servicios, de la distribución o redistribución de la riqueza. Las fábricas, las tierras y el capital, son propiedad de las empresas estatales. La propiedad privada queda limitada a las viviendas, a los muebles, a los efectos personales y a todo lo que el trabajador logre ahorrar de sus ganancias. Así pues, sin en el Capitalismo radical la palabra clave era "dejar hacer a los individuos", en el Comunismo la palabra clave es: total centralización de la economía en el Estado.

El Socialismo es una moderación de esta centralización; pero siempre hay centralización. Las principales fuentes productoras de la nación tienen que ser del Estado. El Estado, además, interviene señaladamente en la planificación del resto de la economía nacional.

Uds. habrán oído criticar estos sistemas. Que el Capitalismo radical fracasó históricamente; que la inaguantable desigualdad de la distribución de los bienes, que existe actualmente, es triste fruto de ese sistema. Y otra vez las críticas golpean al Comunismo: que va contra la naturaleza del hombre; que simplemente invierte los papeles de ricos y pobres pero no da ninguna solución

de fondo. Tengo la impresión, de que estamos criticando mucho a los otros sistemas, pero hablamos poco de lo positivo nuestro en forma ya más concreta. Ciertamente hay que destruir esos sistemas falsos; pero al mismo tiempo debemos presentar el proyecto de nuestra construcción nueva. No podemos contentarnos con destruir. Nuestra verdadera misión, como cristianos, es la de construir un mundo según Dios, una política según Dios, una economía según Dios.

Yo hoy pretendo presentarles un plano de lo que debe ser la economía según la concepción cristiana. No voy a bajar a concreciones; llevar a la práctica tales ideas —si les parecen rectas— es oficio de los economistas y legisladores. Pero tampoco me voy a quedar en generalidades como decir: "la economía debe ser conforme a la naturaleza humana", o "la economía debe ser conforme a justicia". Cierto que son verdades fundamentales, ineludibles. Pero tras ellas en seguida salta viva la pregunta: ¿Pero qué es una economía conforme a la naturaleza humana? ¿Qué es una economía justa?

Pretendo responder a tales preguntas. Pretendo explicar cuál deba ser la estructuración de una economía fundada en la verdadera naturaleza del hombre. Messner nos da la fórmula concisa y certera. Johannes Messner, profesor de Ética y Ciencias Sociales en la Universidad de Viena, en su valioso libro "La Cuestión Social", formula de la siguiente manera la economía cristiana:

ECONOMIA SOCIAL DE LIBERTAD ORDENADA

Si las palabras claves del Capitalismo eran: absoluta libertad y lucro individual, y la del Comunismo, centralización en el Estado; las palabras claves del plan Cristiano son estas: "economía social de libertad ordenada". Estudiemos por separado a cada una de ellas.

ECONOMIA SOCIAL

Decíamos al principio que Economía es el esfuerzo del hombre por llenar, con los bienes y servicios que encuentra, las concavidades de su ser, las necesidades de su ser.

¿Puede el hombre hacer tal esfuerzo él solo? ¿Debe el hombre moverse en la actuación económica como individuo aislado, como solitario? ¿O, por el contrario, debe el hombre actuar económicamente, economizar, metido en la sociedad, como miembro pegado a todo un conjunto?

La actuación económica del hombre debe ser social. Debemos satisfacer las necesidades metidos en la sociedad, actuando nuestra vinculación social. Toda actuación económica, para que sea recta, para que sea conforme con la naturaleza del hombre y de las cosas, debe ser social. Rompemos, pues, a muerte, con la concepción Capitalista radical que defiende la actuación económica con miras exclusivamente individuales.

¿Por qué digo que la economía recta debe ser eco-

nomía social? Por dos razones ineludibles. Por dos razones que se imponen a nuestra inteligencia —con la fuerza con que se imponen dos montañas altas a los ojos— con sólo que examinemos un poco hondamente la naturaleza del hombre y de las cosas.

La primera razón consiste en la sociabilidad de la naturaleza del hombre. El hombre, Uds. y yo, es, por naturaleza, social; por naturaleza, vinculado a los demás. Aparentemente estamos separados unos de otros. Aparentemente somos esferas perfectamente cerradas en sí mismas, sin ventana alguna hacia los demás. Nos pasa como a las islas que aparentemente nada tiene que ver la una con la otra. Pero en verdad, como las islas por debajo del agua, todos los hombres estamos estrechamente vinculados. Formamos todos parte de una comunidad. Nos necesitamos los unos a los otros y tenemos riquezas que regalarnos los unos a los otros. Nuestra naturaleza está hecha para vivir recibiendo ayuda de los otros hombres y dando ayuda a los otros hombres. Vivir recibiendo ayuda y dándola es parte de nuestra naturaleza humana; tan parte como respirar, tan parte como pensar, tan parte como amar.

¿A un hombre que no respira lo juzgamos hombre completo? ¿A un hombre que no piensa le llamamos hombre cabal? ¿A un hombre que no ama le llamamos hombres entero? De ninguna manera. ¿Y por qué nos creemos hombres cabales cuando actuamos olvidando nuestra naturaleza? Sepámoslo que cuando nos movemos como individuos absolutamente desconectados de los demás, nos movemos como hombres a medias, no cumplimos a cabalidad nuestra naturaleza. Si un hombre no piensa o no ama, está quebrando con la vida su naturaleza; pues digo lo mismo del que prescinde de su sociabilidad, del que no vive como socio de los otros hombres.

Me interesa mucho este punto de la naturaleza social nuestra. El hacernos concientes de él es, a mi entender, la solución básica a los graves problemas socio-económicos. Porque el foco infeccioso que nos está perdiendo es la idea contraria, la maldita idea liberal de que el hombre no tiene que ver nada con los demás. Todo el aire que respiramos están aún contaminado de error y el virus ha perforado todo nuestro modo de ser. Hay que arrancar ese error funesto y meter en la inteligencia y en el corazón de todos que es imposible ser hombre sin ser ayudado de otros y sin ayudar.

¿Qué repercusiones tiene en la actuación económica del hombre, el hecho de que la naturaleza humana sea social? Si el hombre es —por naturaleza— social, su actuación económica debe ser social. Fíjense que es lo mismo que decir: Si el hombre es —por naturaleza— inteligente, su actuación económica debe ser inteligente.

¿Y qué quiere decir que la actuación económica del hombre deba ser social? Pues que el hombre jamás podrá satisfacer debidamente sus necesidades, jamás podrá llenar debidamente sus concavidades, si no recibe ayuda de los demás. ¿Quién sería capaz de adquirir él solo una casa con las comodidades que hoy exigimos, luz eléctrica, agua corriente; una alimentación completa y sana como

la que hoy exigimos; telas bien preparadas, bien cortadas...? No recibamos nada de los demás, y volveremos a una vida primitivísima.

Pero no sólo se trata de recibir. El hombre tiene capacidad de satisfacer las necesidades económicas de otros (¡uego debe satisfacerlas! Porque las capacidades que Dios nos ha dado son para ser desarrolladas, son para ser realizadas. Dios le dio alas al pájaro para que vuele. Y le dio al hombre capacidad de ayudar a la satisfacción de las necesidades de otros, para que de hecho ayude. Si el hombre no lo hace, es hombre a medias.

Por consiguiente, porque la naturaleza del hombre es social, la actuación económica del hombre debe ser asimismo social.

Hay otra razón, tan aplastante como esta primera, para asegurar que la recta economía deba ser economía social. Decíamos que economía es, simplemente, tratar de llenar las casi infinitas necesidades del hombre, con los bienes que Dios puso en la tierra. Ahora bien, esos bienes son para todos. Dios, que es el autor y dueño de todos ellos, los ha puesto en la tierra para que satisfagan las necesidades de todos. No para que satisfagan mis necesidades solamente, o las suyas (cualquiera de Uds.). El alimento que existe en el mundo no es para unos cuantos nada más; no es para los que tienen más dinero y pueden pagar mejores precios; no es para los que se apoderan de él primero; es para satisfacer el hambre de todos los hombres.

No es asunto difícil probar tal afirmación. Todos los hombres, sin excepción alguna, tienen obligación de cumplir con su naturaleza humana, porque si Dios nos dio esta naturaleza así, es para que vivamos conforme a ella. Ahora bien, uno de esos cumplimientos es el de la actuación económica, el de la satisfacción de nuestras necesidades. Estamos, pues, obligados todos —sin excepción alguna— a satisfacer nuestras necesidades. Pero hemos visto que las necesidades se satisfacen con los bienes que existen en la tierra. Luego todos los hombres tenemos el derecho y la obligación —sin excepción alguna— de usar cierta cantidad de bienes. La cantidad que sea necesaria llenar nuestros vacíos, nuestras concavidades, y así cumplir con nuestra naturaleza. Si no fuese así, Dios hubiese construido muy mal el mundo y los hombres: nos hubiese dado una obligación: satisfacer las necesidades, sin los medios necesarios para ella: los bienes.

Los bienes que encontramos en la vida son para satisfacer nuestras necesidades, pero no sólo las nuestras sino también las de todos. El agua que hay en la ciudad de Guatemala y sus alrededores es para satisfacer la sed y la necesidad de limpieza de cuantos viven aquí. Y, por ello, es contra la naturaleza del agua (contra Dios) y contra la naturaleza del hombre (contra Dios) el que en la ciudad de Guatemala haya durante el verano barrios enteros sin nada de agua para tomar y lavar la ropa, mientras otros barrios tienen agua para regar sus lindos jardines, sus lindas canchas de deporte y para llenar sus tanques de natación. El agua es de todos. Los alimentos son de todos. Las telas son de todos, etc. Debemos

usar el agua y los alimentos y las telas y todos los bienes para satisfacernos a nosotros personalmente, sí. Pero ese uso no puede olvidar que también son bienes para los demás. Nuestra postura con los bienes no es otra que la postura del gerente de una sociedad anónima (de la cual él también sea accionista) con el dinero de dicha sociedad: el dinero no es sólo de él sino de otros muchos accionistas, por tanto no puede usar de él sólo para beneficio propio sino para beneficio suyo y de los demás. Tal es nuestra postura con los bienes de la tierra. Porque todos hemos recibido de Dios acciones de la gran Empresa de la Economía mundial: la satisfacción de las necesidades de todos los hombres con los bienes que existen.

Así pues, la recta concepción de la naturaleza del hombre y la recta concepción de la naturaleza de los bienes, exigen que la satisfacción de las necesidades humanas con los bienes existentes se haga no en el estrecho límite de lo individual sino en las extensas fronteras de lo social. La recta economía debe ser social. La economía cristiana debe ser social; tener en cuenta mis necesidades y las de los demás.

ECONOMIA DE LIBERTAD

Es otra de las características fundamentales que debe tener la economía. Economía de libertad. Satisfacción de las necesidades mías y de los demás hombres mediante una actuación libre y responsable de los hombres. Me parece que, cuando se habla de "reestructuración de la economía nacional", la idea que más frecuentemente revolotea en las cabezas es la de una mayor intervención del Estado en la vida económica. El pensamiento Comunista y Socialista ha hecho mella en nuestra inteligencia y nos parece que reestructurar la economía es sinónimo de tendencia a la intervención del Estado. ¡Idea errada! Uno de los fines de la reestructuración cristiana de la economía debe ser la implantación de una actividad en libertad y responsabilidad, si tal actividad no existe; y, si existe, el aseguramiento y perfeccionamiento de ella.

¿Por qué defendemos una economía de libertad? ¿Por qué apartamos la moderna idea socialista de que mejor marcharán las cosas cuanto más intervenga el Estado y más se limite la actuación libre de los individuos? También aquí me ceñiré a dos razones.

El pensamiento cristiano exige una economía de libertad porque el hombre es —por naturaleza— libre. Cada uno de Uds. ha recibido de Dios la libertad y, por tanto, la responsabilidad de sus actuaciones. Uds. y yo no necesitamos que nos anden diciendo en cada momento lo que nos conviene hacer. Hemos recibido de Dios el poder de pensar y conocer qué debemos hacer, qué no debemos hacer. Y hemos recibido la libertad para elegir lo que nos parece recto. Uds. y yo somos capaces de proceder en todo con responsabilidad porque somos inteligentes y libres. Esta es la naturaleza del hombre.

Si la naturaleza del hombre es libre, la actuación económica de este hombre deberá ser, ordinariamente, libre. Estructurar una economía que lleve, como principio orientador, una tendencia a la limitación de la actuación

libre y responsable del hombre, es estructurar una economía contraria a la naturaleza nuestra, y, por tanto, contraria a Dios, autor de nuestra naturaleza.

No defiendiendo la libertad absoluta, no defiendiendo el "Laissez-faire"; ¡libréme Dios de caer en el pernicioso liberalismo radical! Al contrario, admito que nuestra actuación libre debe tener sus barreras, sus cauces forzosos, su ordenación (recuérdese que aún me falta hablar de esa última palabra de la fórmula; "economía social de libertad ordenada"). No estoy, pues, identificándome con la teoría capitalista radical.

Pero tampoco me identifico con la idea comunista ni con la socialista. Los socialistas admiten cierta libertad pero llevan como principio orientador la tendencia a la limitación de ella. El cristiano, en cambio, debe llevar una tendencia contraria. Cuanta más libertad, mejor. Toda la libertad que sea posible. Cauce y orden, también, pero sólo en la medida en que sean necesarios. Sólo así, creo, la economía será conforme a la naturaleza libre del hombre.

Pero hay otra razón para defender una economía de libertad. Razón que no la saco de las honduras inmovibles y fundamentales que son la naturaleza misma de las cosas; de allí extraje la razón anterior. Esta nueva la tomo de más arriba, de más a ras de tierra, de la mecánica misma de la economía.

Economía es, decíamos, la satisfacción de las necesidades mediante los bienes y los servicios. La meta es, pues, la satisfacción de las necesidades. El que el esfuerzo económico se dirija hacia un lado o hacia otro se debe a que las necesidades aparecen por un lado o por el otro. Las necesidades son pues los polos que orientan el camino de la actividad económica.

Pero las necesidades del hombre no son siempre, matemáticamente, las mismas. Es verdad que tenemos necesidades iguales en todos y en todas partes: la necesidad de medicinas, por ejemplo; pero también es verdad que tal necesidad se nos presenta con características diversas, con vestidos diversos, en Estados Unidos que en Guatemala: en los Estados Unidos más harán falta las medicinas contra las enfermedades mentales, contra los cánceres y contra las enfermedades cardiovasculares (enfermedades típicas de los países desarrollados); en Guatemala, en cambio, nos hacen falta medicinas contra la tuberculosis, el sarampión, el bocio endémico... enfermedades típicas de los pueblos subdesarrollados. Las necesidades cambian con los lugares, los tiempos y las personas. Cambian más, cuanto más nos salimos de las necesidades esenciales y entramos al terreno —que también hay que satisfacer— de las necesidades ficticias, cambiantes con las modas, las costumbres, las estaciones del año.

Si la economía va a satisfacer las necesidades, y éstas son variables, muy variables según los tiempos y las personas, una buena economía debe tener manera de conocer las necesidades concretas del momento y del lugar. Esto es claro.

La economía de libertad tiene manera de conocer tales cambios. Su radar de necesidades lo tiene puesto en el mercado libre, y, dentro del mercado, en la demanda libre. Los hombres, al demandar bienes libremente, demandan lo que necesitan, en la medida en que lo necesitan. Si los hombres de tal lugar y de tal época necesitan más ropa para abrigarse, la necesidad aparecerá acusada inmediatamente en el mercado libre, en la fuerte demanda de ropa y abrigo. Y toda la producción de bienes se guiará por la señal dada en el radar demanda, y se producirá más ropa. La economía de libertad, que es la economía de mercado, tiene cómo conocer las necesidades concretas de los hombres, que es la meta de toda economía.

¿La economía no libre, la economía centralista, tiene manera de conocer las necesidades concretas de los hombres? Si alguno de Uds. conoce esa manera que me la diga. Yo no la conozco. Si aniquilan o debilitan mucho la demanda libre, ¿qué otra fuente de información tienen para enterarse de las necesidades concretas de hombres concretos? Nos encontramos que tales sistemas económicos cometen la pequeña distracción de dirigir la economía sin poder conocer el objetivo. Barco sin radar entre la niebla.

Necesitamos, pues, una economía de libertad.

Más aún. Incluso después de conocidas las necesidades concretas de los hombres, el fin de la economía es realizar mejor dentro de un sistema de mercado libre que dentro de un sistema centralizador. ¿Quién me asegura a mí, dentro de una economía dirigida, que los bienes que se ofrecen al público son los mejores en calidad y que su precio es el debido? ¿Qué garantías puede tener un actual ciudadano soviético de que la leche que compra es la más alimenticia que se puede conseguir y, que su precio es realmente justo? Creo que no puede tener ninguna garantía, excepción hecha de la honorabilidad de los que dirigen la economía nacional; pero la experiencia nos enseña que en tales asuntos no debemos contentarnos con sólo "honorabilidades" y "buenas voluntades".

En cambio en el mercado libre sí podemos llegar a una satisfacción de necesidades con los mejores bienes y al precio más barato. En el mercado libre pueden intervenir los productores que quieran: intervienen muchos y todos con deseos de vender más que los demás. En el mercado de automóviles intervienen muchas casas productoras y todas quieren ganar más que las otras, vendiendo más. ¿Cuál será el camino de asegurar mejor sus automóviles? O bajar los precios (lo cual es en bien de la satisfacción de las necesidades) o, dejando iguales precios de los demás productores de carros, presentar vehículos de mejor calidad (lo cual también es en beneficio de la satisfacción de las necesidades). El mercado libre nos lleva, pues, a una mejor obtención del fin de la economía.

Me dirán que la experiencia enseña que se han cometido terribles crímenes por el tal mercado libre. Respondo: es verdad. Pero se han cometido terribles crímenes porque se defendió un mercado libre absoluto,

una economía de libertad ilimitada. Y el cristiano no debe admitir tal libertinaje. Libertad sí, pero con orden. Libertad ordenada. Es la última palabra de nuestra fórmula

LIBERTAD ORDENADA

Una vez asegurada la actuación libre de los hombres, ¿podemos sentarnos tranquilos, seguros de que el proceso económico alcanzará la meta de satisfacer las necesidades de todos? Los liberales radicales, hace muchos años, dijeron que sí. Hoy la historia, de aquellos años a esta parte, nos enseña que no. Permitámonos unos datos cualquiera: una de las necesidades primarias que debe satisfacer la economía es la de una vivienda, la de tener donde vivir; pues en 1950, se calculaba en Guatemala un déficit de 337.370 viviendas. Y las existentes no son lo que debieran ser: el 67% de las casas existentes en Guatemala no tienen agua corriente; el 69% no tienen servicio; el 84.4% no tienen baño. La economía dejada a la absoluta libertad de los hombres no ha producido el fruto que debería: ha satisfecho y muy sabrosamente las necesidades de unos pocos, de los más fuertes. Porque mientras hay esa carestía de viviendas, hay también quienes tienen casa en Guatemala, y casas para descansar —deshabitadas, esperándolos— en Istapa, y en Atitlán y en Amatitlán.

Pero en verdad no hacía falta esperar la lección de la experiencia para saber que la actuación económica libre de los hombres, para que sea efectiva, debe ser encauzada por un orden. Cada hombre libre es una fuerza económica. Pero si todas estas fuerzas actúan por separado, cada una por su camino, el efecto de conjunto será pobre. Lances Uds. a una cancha de foot ball once jugadores, buenos jugadores, pero nada coordinados entre sí, y el resultado del equipo será pobrísimo. Allí donde actúan hombre libres —si se quiere obtener un máximo rendimiento— habrá de establecerse un orden, una unificación. Los hombres libres conseguirán una brillante economía social si proceden ordenadamente.

Además, todos sabemos que el hombre no es un ángel. El hombre tiende al abuso. Sería una utopía pensar que es suficiente garantía del éxito de una economía libre, la conciencia del hombre. La conciencia de cada uno, la responsabilidad de cada uno, será un elemento importantísimo, pero que no nos basta porque sabemos que las fallas abundan más que la mala hierba. Necesitamos un orden que controle la actuación libre de los hombres, que asegure que dicha actuación libre conduzca —de veras— al bien común de todos y no al de unos pocos.

Necesitamos, pues, una actuación económica libre pero ordenada. Necesitamos una ordenación: nos lo dice la experiencia, nos lo dice la conveniencia de una coordinación de movimientos, nos lo dice la naturaleza débil y egoísta del hombre.

Orden. Ordenar es colocar las cosas en postura y actuación apta para un determinado fin. Una clase está

ordenada cuando las paredes, los ladrillos, las mesas y las sillas están colocadas en forma apta para que el profesor hable y los alumnos escuchen. ¿Cuál debe ser el fin, en la ordenación de la actividad económica? El fin del orden en economía no puede ser otro que el fin de la misma economía: asegurar que la actuación libre de los hombres satisfaga de la mejor manera posible, las necesidades de todos los hombres. En otras palabras, el criterio decisivo en la ordenación de la economía —según el pensamiento cristiano— debe ser el bien común, la satisfacción de las necesidades de todos. Economía bien ordenada será aquella en la cual la libertad individual no dañe al bien común, más todavía, lo favorece.

¿Y cuánto orden debe haber? ¿Cuánta ordenación debe darse? Todo el orden que haga falta para asegurar el bien común, y solamente ése. Si una nación pasa por unas especialísimas circunstancias y necesita, temporalmente, una ordenación de economía tan extensa que vendría a ser un verdadero sistema centralista, yo no veo inconveniente alguno en tal ordenación. Lo que nos interesa es la satisfacción de las necesidades de todos, el bien común, y subordinamos todo lo subordinable a ese bien común. Nótese, pues, que el orden impuesto no es una meta que persigue la estructuración cristiana de la economía, sino un medio que utiliza para asegurar su verdadera meta: el bien común. Usaremos, pues, de la ordenación tanto cuanto nos haga falta para el bien común. Nada más.

Antes de terminar hagámonos una última pregunta: Debe haber un orden, sí, pero ¿quién es el encargado de ordenar? ¿A quién le corresponde el oficio de ordenador? Creo no equivocarme si digo que la mayoría de Uds. ha respondido ya en su mente. Uds. habrán pensado: le corresponde al Estado. Es verdad que aquí el Estado tiene un buen campo de actuación: dirigir la economía nacional hacia el bien común. Pero creo que no es esta dirección estatal la más ideal en el pensamiento cristiano. Para nosotros el Estado sólo debe intervenir en aquellas cosas que los particulares no pueden realizar. Nuestra norma de actuación del Estado no es "cuanto más actúe, mejor", sino solamente "tanto Estado cuanto sea necesario". ¿El ordenamiento de la Economía no puede estar de manos de particulares? ¿No podría crearse una institución rectora de la Economía, integrada por representantes de todos los sectores económicos: de los capitalistas y de los trabajadores, de los productores y de los consumidores? Johannes Messner opina que sí y propone esta solución como medio de asegurar el orden del mercado en concreto.

Esta es, pues, la respuesta a aquella pregunta del principio; ¿cómo debe estructurarse una economía según el pensamiento cristiano? Según el pensamiento cristiano la economía debe ser: SOCIAL, que mire por todos los hombres, que tenga como meta el bien común no sólo el individual; DE LIBERTAD: a tal meta hay que ir sin herir la libertad de los hombres, valiéndose de ella para una mejor satisfacción de las necesidades; ORDENADA: porque sabemos que el libertinaje es un vicio, no una gloria; que sólo con orden alcanzamos los hombres libres las metas que nos proponemos.